

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 14 | invierno de 2025

Vientos de cambio

Colaboración de:

Elio A. GALLEGO

Javier BENEGAS

Óscar RIVAS

Gonzalo ALTOZANO

Javier MARTÍNEZ-FRESNEDA

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 14 | invierno 2025

ISSN: 3020-1594
ISSN-E: 2952-1386

Fundados en 2022,
los *Cuadernos CEU-CEFAS*
se publican cuatro veces al año.

Las opiniones expuestas en
los trabajos publicados son
de la responsabilidad exclusiva
de sus autores.

© Todos los derechos reservados.

CEU-CEFAS tiene por
objetivo la promoción de
los principios inspiradores
fundamentales de la Doctrina
Social de la Iglesia en los
ámbitos cultural y político,
mediante la realización
de cursos, congresos y
publicaciones. CEU-CEFAS
aspira a constituirse en un
lugar de referencia y encuentro
para debatir, reflexionar,
formar, difundir e investigar
en el ámbito de las ideas para
mejorar la sociedad.

www.cefes.ceu.es

CEU-CEFAS
Calle de Guzmán el Bueno, 133
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 77
cefes@ceu.es

Distribución gratuita
Depósito legal: M-28413-2022
ISSN: 3020-1594
ISSN-e: 2952-1386
Maquetación: CEU Ediciones
Impresión: Imedisa Artes
Graficas S.L.U.
Impreso en España

Publica: CEU Ediciones
Calle Julián Romea, 18
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 73
ceuediciones@ceu.es

El CEU es una obra de la
Asociación Católica de
Propagandistas.

La Fundación Universitaria
San Pablo CEU es una entidad
inscrita en el Registro de
Fundaciones con el nº 60 /
CIF (G-28423275).

Consejo Editorial de CEU-CEFAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *Presidente*

Elio A. GALLEGO GARCÍA, *Director Académico*

Rémi BRAGUE

Alfredo CRUZ PRADOS

Alvino-Mario FANTINI

María del Carmen FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA CANTERO

Gregorio IZQUIERDO LLANES

Consuelo MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Jerónimo MOLINA CANO

Jaime NOGUEIRA PINTO

Benigno PENDÁS GARCÍA

José Antonio PÉREZ RAMOS

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN

Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Jorge SOLEY CLIMENT

Pablo VELASCO QUINTANA

Índice

Presentación

Elio A. GALLEGO

9

La contrarrevolución conservadora

Javier BENEGAS

15

El fin del consenso: globalismo vs. Identidades nacionales

Óscar RIVAS

27

El ocaso de los medios de comunicación tradicionales

Gonzalo ALTOZANO

45

El triunfo de lo políticamente incorrecto

Javier MARTÍNEZ-FRESNEDA

51

Presentación

Elio A. GALLEGO

EN general, suelo hablar de política en términos de ideas, de planteamientos de fondo, y no tanto de su actualidad más inmediata. Sin embargo, me parece imposible esta tarde obviar lo que estamos viviendo en España. No queda más remedio que referirse a la corrupción que se está desbordando y que se manifiesta de un modo tan descarado e insoportable. Lo que estamos presenciando en las últimas horas dentro del propio Gobierno revela, cada vez con mayor evidencia, una trama de corrupción sostenida por auténticos mafiosos y delincuentes; así hay que decirlo, porque esa es la realidad. 9

Pero, aunque la corrupción esté ahí, me interesa que sepamos distinguir con claridad entre causas y efectos: entre la enfermedad y sus síntomas. Con frecuencia corremos el riesgo de quedarnos únicamente en los efectos, en lo visible,

10 en lo que se manifiesta. El espectáculo bochornoso que estamos presenciando en España en las últimas horas no es más que eso: un síntoma. Por tanto, la verdadera pregunta es dónde se encuentra la raíz de la enfermedad, dónde reside la corrupción originaria.

A mí me gusta recordar que la palabra corromper proviene del latín *co-rompere*, que significa desunir, desvincular lo que de suyo debería permanecer unido. ¿Cuál es, entonces, la corrupción más profunda de lo que estamos viendo en los medios de comunicación? A mi juicio, el origen de esa corrupción está en la disociación entre la finalidad humana y la finalidad de la política tal como hoy se entiende. Una política que, precisamente por haberse separado del fin propio de lo humano, se ha vuelto profundamente injusta, pues está dando lugar a un modelo de sociedad igualmente injusto.

Un poeta francés, Charles Péguy, hace algo más de un siglo, se preguntaba cuándo una sociedad es injusta y decía que una sociedad es injusta cuando un hombre joven con ganas de trabajar no puede sacar adelante una familia, no está en disposición de fundar un hogar. Si esto es así, si este es el criterio que debe servirnos de medida, hay que reconocer que nuestras sociedades son notablemente injustas. Hoy resulta

más difícil fundar una familia, crear un hogar, casarse y tener hijos que hace cien años, que en la época de Péguy. Vivimos en una sociedad que obstaculiza el nacimiento, que dificulta la formación de familias y que, en definitiva, impide la creación de vínculos sólidos y duraderos

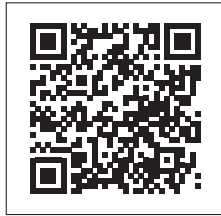
Empecemos por lo más evidente: formamos parte de una sociedad que va drenando la capacidad de ahorro de las personas, donde el Estado succiona casi la mitad de la renta del trabajo. En una ocasión me permití decir, en una reunión académica, que el IRPF es el *Impuesto Revolucionario sobre las Pobres Familias*. Nos tienen realmente exhaustos; no podemos ahorrar. ¿Y qué decir del acceso a la vivienda? Pero no es solo eso: es un todo, es un modelo social en el que la mayor aventura que puede emprender un ser humano –casarse, fundar una familia– se ha vuelto cada vez más difícil, casi imposible. ¿Qué sociedad estamos construyendo?

Este es el test, el principio y el fundamento. Si esto está mal, si este núcleo está dañado, todo lo demás se resiente. Tenemos que cambiar las cosas, y este es el cambio que de verdad nos interesa: el que nos devuelva a una sociedad donde fundar familias sea lo fundamental, lo prioritario, el eje sobre el que gire todo lo demás –las leyes, las costumbres,

12 la fiscalidad—. Tantos derechos, tanto Estado social... y, sin embargo, todo se ha vuelto en nuestra contra. Lo estamos viendo, lo estamos constatando.

Decía un economista que nuestra sociedad se parece cada vez más a un río pequeño, de aguas estancadas, donde pretendemos criar salmones. Pero el salmón es un pez de montaña: necesita agua pura, cristalina, una corriente fuerte que le permita vivir. Eso es precisamente lo que nos falta. Nuestras familias, nuestras almas, nosotros mismos somos como salmones que claman por otro hábitat, por un entorno que les permita crecer, desarrollarse, ser fecundos. Cambiar esto exige sacrificio; exige, en definitiva, un retorno a lo sagrado. Porque no puede haber familias, no puede haber hogares sin templos. Lo decía Nietzsche: «cuando las aguas de la religión se retiran, lo que queda son los pantanos y las ciénagas». Tenemos que volver necesariamente a lo sagrado, a un sentido religioso que nos haga conscientes de que hay cosas que merecen la pena, cosas por las que vale la pena dar lo mejor de uno mismo, incluso la vida. Lo expresó T. S. Eliot con palabras memorables: «Donde no hay templo, no habrá hogares».

Este es, pues, el cambio que queremos impulsar. Sabemos que el tiempo presente ya ha dado de sí todo lo que podía; que este modelo político y social está agotado. Queremos acoger el nuevo viento del cambio, aquel que nos lleve hacia un tiempo en el que fundar familias, crecer en el arraigo, cuidar de nuestras naciones y sentir la pertenencia no solo sea posible, sino que encuentre el apoyo social y político que una causa así merece.



*Todos los contenidos del congreso fueron grabados
y pueden consultarse a través del código QR que acompaña este cuaderno.
Animamos al lector a complementar la lectura de las ponencias escritas
con su versión audiovisual, para acceder al tono, matices y riqueza
del intercambio intelectual que allí tuvo lugar.*

La contrarrevolución conservadora

Javier BENEGAS

PROBABLEMENTE muchos de vosotros crecisteis con una idea que parecía incuestionable: que el mundo mejora solo, que el futuro está garantizado, que todo irá a mejor porque, bueno... porque sí. Como si fuese una ley natural. 15

Pero hoy, al mirar alrededor, os encontráis con algo muy distinto: incertidumbre, precariedad, cinismo, corrupción, desconfianza, fatiga. Un ambiente extraño en el que muchos adultos –los mismos que os prometieron que el mundo sería vuestro– ahora os advierten que no seáis demasiado ambiciosos, que empobrecerse es algo virtuoso porque así se protege al medio ambiente, que mejor no tengáis hijos, que quizá lo mejor que podéis hacer por el planeta... es desaparecer.

16 Esta idea, muy de moda, se presenta como lúcida y compasiva. Pero es profundamente falsa y cruel. Por eso hoy quiero hablaros de una palabra que parece fuera de moda y sin embargo está en el centro de todo lo que nos pasa. Una palabra que bien entendida forma parte del conservadurismo.

Aunque os parezca paradójico, esta palabra es progreso.

Sí, me refiero a esa idea que durante siglos significó crecimiento económico, avances científicos, mejora del bienestar y aumento de la población. Esa idea que nos llevó –a los occidentales, pero también al resto del mundo– del barro a la Luna, del hambre a la abundancia, de la superstición a la medicina.

Pero ahora resulta que la idea de progreso occidental molesta. Que es cosa de capitalistas sin alma, de *boomers* inconscientes, de gente con aire acondicionado y calefacción que destruye el planeta. Que lo moderno es decrecer, vivir cada vez con menos, comer insectos, el *coliving*, el *coworking* y hablarle con consentimiento a tu perro para no oprimirlo.

¿Qué narices ha pasado? Para intentar desentrañarlo, quizá esta cita de Chesterton nos dé alguna pista:

El mundo moderno está lleno de viejas virtudes cristianas que se han vuelto locas. 17

El progreso –el de verdad– no era una huida hacia adelante. Era una dirección sostenida por ciertos valores: libertad, responsabilidad, familia, comunidad, trascendencia, esfuerzo, verdad. Hoy muchos activistas siguen usando algunas de estas palabras, pero han vaciado su contenido y las agitan como si fueran meras consignas.

El progreso occidental no fue fruto de la casualidad, ni de una alineación afortunada de planetas. Fue el resultado de siglos de pensamiento, de tradición, de esfuerzo y, sí, también de fe. No os asustéis. No vengo a convertir a nadie. Pero conviene reconocer lo evidente: el cristianismo contribuyó decisivamente al progreso de Occidente.

No sólo por su defensa del libre albedrío, base moral de la libertad individual, sino por su visión del ser humano como portador de dignidad inherente. Esa idea de que todos somos iguales ante Dios fue el germen de la igualdad ante la ley. Su humanismo frenó muchas de nuestras peores pulsiones: la esclavitud, la violencia desatada, el desprecio a los débiles. Incluso la ciencia moderna creció en suelo cristiano, porque

18 si el mundo tiene un Creador racional, entonces puede –y debe– ser comprendido.

De modo que, aunque se pueda vivir sin fe, no se puede entender el progreso occidental sin reconocer su raíz cristiana. No en vano, cuando esa raíz se ha cortado, han florecido los peores frutos: totalitarismos, nihilismo, y esa melancolía postmoderna, que nace de la falta de sentido, que ni con todos los antidepresivos del mundo se cura.

Los jóvenes de hoy aman el lujo, tienen malos modales, desprecian la autoridad, no tienen respeto por los mayores y charlan en vez de trabajar.

Esto podría haberlo dicho cualquier adulto cascarrabias de hoy, pero no. Es una cita atribuida a Sócrates en el siglo V a.C... o a casi todos los griegos gruñones de hace 2.400 años.

¡Vaya sorpresa! Resulta que el apocalipsis juvenil es tan viejo como el propio teatro griego. Cada generación piensa que la siguiente lo va a estropear todo. Pero aquí estamos, más sanos, más longevos y –aunque no siempre lo parezca– más civilizados que nunca.

La historia del progreso occidental no es una línea recta, a veces tiene retrocesos y se retuerce como una serpiente... pero tiene dirección. Durante más de dos mil años ha consistido en algo bastante razonable: producir más, vivir mejor, saber más, y multiplicarnos sin pedir perdón por existir. La idea de progreso occidental lo impregna todo, desde la agricultura hasta internet, pasando por la penicilina, la rueda y –para los más aseados– el bidé, porque, reconozcámoslo: usar sólo papel es una cochinada.

Robert Nisbet lo advierte magistralmente en su libro *Historia de la idea de progreso*. Hasta hace poco, esta idea era tan poderosa y estaba tan ampliamente compartida que apenas necesitaba defensa o explicación. El progreso se daba por hecho. Pero algo cambió.

A partir de la segunda mitad del siglo xx, empezaron a ganar influencia unos nuevos profetas. No predicaban el futuro, sino su final. Decían: «Cuidado, que, si seguimos creciendo, el mundo se acaba». Lo curioso es que ninguno de sus pronósticos se cumplió. El informe del MIT *The Limits to Growth* (1972) (*Los límites del crecimiento*) predijo catástrofes que nunca llegaron. Fue como si el horóscopo lo escribiera un contable deprimido, en plena crisis de los cuarenta.

20 La población creció, sí, pero también el conocimiento, la eficiencia, y la prosperidad. ¿El resultado? Menos hambre, menos pobreza, más derechos, menos mortalidad y más salud. Un drama espantoso, vamos.

En los años 70, algunos ecologistas aseguraban que, para el año 2000, numerosos países desarrollados sufrirían racionamientos de comida como en la guerra. Hoy el mayor problema de salud pública es... la obesidad. La escasez, al parecer, es de autocontrol, no de recursos.

En 1894, se celebró en Londres una gran conferencia internacional para resolver la mayor crisis urbana de la época: el estiércol de caballo. Se temía que Londres quedara enterrada bajo heces en menos de 50 años. ¿La solución? Nadie en esa sala imaginó el automóvil. El progreso vino de donde no lo esperaban.

Pero volviendo a lo que importa, cuando los enemigos del progreso vieron que los recursos no se acababan, cambiaron de argumento: «No es que se acaben los recursos –dijeron–, es que estamos destruyendo el planeta al emplearlos». Pero aquí también hay algo que no encaja. ¿Quién contamina más, un agricultor pobre que quema

leña y usa pesticidas de segunda o uno de un país rico que puede acceder a energías más limpias, recicla y produce más y mejor con mucho menos?

La paradoja es esta: cuanto más desarrollada es una sociedad, más limpia tiende a ser. El verdadero enemigo del planeta no es el desarrollo; es decir, el progreso, es su ausencia.

Queridos jóvenes, es cierto, los recursos naturales son finitos... pero el ingenio humano, por el contrario, tiende a infinito. Esta asimetría clave es lo que los agoreros os ocultan.

Lo que hemos hecho hasta ahora es impresionante, pero lo que podéis hacer vosotros es aún más importante. No os dejéis paralizar por los cenizos que desconfían del ser humano y del futuro. Lo hacen porque han perdido la fe, empezando por dejar de creer en sí mismos.

La historia del progreso no es la historia de una élite iluminada, omnisciente y reducida, sino de infinidad de personas corrientes que hicieron cosas extraordinarias. Ahora, vosotros sois parte de esa historia –en breve, la parte más importante–. Y os aseguro que aún queda mucho por escribir.

22 Sólo un consejo, tened presente siempre que no heredamos la Tierra de nuestros padres, la tomamos prestada de nuestros hijos.

Y aquí llegamos a otro punto clave. Uno de los argumentos más comunes para denostar la libertad, que es intrínseca a nuestra idea de progreso, consiste en afirmar que nos ha vuelto egoístas y hedonistas. Que la libertad individual es la culpable de la decadencia de la familia, la desaparición de la autoridad, la explotación del hombre por el hombre y hasta de que se desplome la natalidad. Vamos, que la libertad nos ha dejado tan exhaustos e intoxicados que ya ni ganas de reproducirnos tenemos.

Pero esta idea confunde la libertad con el capricho. Con hacer lo que me da la gana, sin deber nada a nadie. Eso no es libertad, es infantilismo.

De hecho, la verdadera libertad no destruye la sociedad, la salvaguarda. Porque reconoce que la sociedad no es lo mismo que el Estado. La sociedad está formada por personas que se asocian libremente, que cooperan, que cuidan a los suyos, que deciden. Y esa libertad no autoriza a vivir sin responsabilidad, sino al contrario: exige colaboración, madurez, esfuerzo, sentido común y comportamiento ético.

Paradójicamente, los que critican esta libertad no es que quieran más sociedad, sino una idea deshumanizada de sociedad que el Estado debe promover, asegurar... e imponer si hace falta. Y ahí es cuando todo se tuerce.

Permitidme plantear una duda razonable: ¿y si ese individualismo negativo del que tanto se habla no fuera culpa de la libertad, sino de algo que parece su defensor y, sin embargo, la corroe por dentro?

Hablo del auge imparable del poder del Estado de la mano de esa nueva vía evolucionada del viejo marxismo, la socialdemocracia, que no expropia medios de producción, sino que domestica la forma de pensar. No controla la oferta, sino la demanda. No nos dice qué producir, sino qué y cómo consumir: cómo vivir. Y para ello, necesita individuos que no dependan unos de otros –ni de la familia, ni de la Iglesia, ni del emprendedor, ni del vecino–, sino del Estado... y sus políticas.

Precisamente de ahí nace la teoría de la independencia individual: eliminar todas las «opresiones estructurales» (familia, religión, género, clase...) para que cada uno elija su camino. Pero como en realidad somos humanos –y, por tanto, interdependientes–, esta idea de independencia no nos libera, sino

24 que traslada esa dependencia natural de la comunidad a la esfera estatal, deshumanizándola y aislándonos a unos de otros.

Así se explica, por ejemplo, que hoy demasiados den por sentado que sus padres, cuando se hacen viejos, no son su responsabilidad, sino del Estado. O que educar a los hijos tampoco depende de ellos, porque también de eso se ocupa el Estado.

Pero el auge del Estado no se ha detenido ahí, ha evolucionado hacia lo terapéutico: ya no basta con redistribuir la riqueza, lo material, ahora hay que gestionar también tus emociones. Si estás triste, frustrado, perdido... no es porque la vida sea dura –que lo es–, sino porque la sociedad te ha hecho daño. Y el Estado tiene que protegerte de ella también emocionalmente.

¿Queréis un ejemplo disparatado? La experta australiana Deanne Carson recomendaba pedir permiso al bebé antes de cambiarle los pañales para evitar futuros traumas, que se sienta agredido y fomentar la «comunicación compasiva».

Imaginad el diálogo entre la experta y un bebé de cuatro meses...

Más allá del chiste, el mensaje es claro: no confíes en ti mismo, no confíes en tu familia, no confíes en tu comunidad. Confía en el Estado y sus expertos. Él y ellos saben cómo educar a tus hijos, cómo cuidar a los ancianos, cómo debes sentirte, qué puedes pensar o, más aún, qué sentimientos son correctos y cuáles incorrectos.

Tú sólo cumple y consume.

El efecto de todo esto no es un individuo libre, sino un adulto infantilizado y extremadamente dependiente, que teme decidir, que exige derechos infinitos y que cree que el mundo debe adaptarse a sus necesidades, materiales y emocionales, y no al revés. Es un individualismo sin riesgo, sin responsabilidad, sin comunidad. Un individualismo triste y desamparado. A menudo desquiciado, que exige que su autopercepción se reconozca como realidad. Ya no es que seas varón y te percibas como mujer, o al revés, es que –y esto es verídico– te auto percibas como un helicóptero de combate Apache, sin que los demás te puedan recomendar acudir al psiquiatra, so pena de sanción.

Decía Scruton que «el verdadero conservador no es alguien que teme al cambio, sino alguien que ama lo que merece ser preservado».

26 Y eso es lo que os propongo: conservar lo valioso. No por nostalgia, sino por visión. No para volver atrás, sino para seguir avanzando con sentido. La libertad, la responsabilidad, el lazo familiar, la fe (para quien la tenga), la comunidad, la búsqueda de la verdad: eso es progreso.

Lo demás son artificios; a menudo, trampas.

Una última reflexión. La vida es dura. Nadie sale ileso. Pero es también hermosa, desafiante, digna de ser vivida con entrega. El verdadero progreso no consiste en eliminar el sufrimiento, sino en darle sentido. Y eso sólo se logra cuando uno asume su papel en el mundo: no como víctima, sino como persona libre y responsable.

Así que no tengáis miedo de ser conservadores en el sentido más noble de la palabra. No tengáis miedo de defender el progreso verdadero. El que nace de la libertad y se sostiene en principios. El que nos hace más humanos y más dignos, no más tiranos, infantiles y frágiles.

**El fin del consenso:
globalismo vs. identidades nacionales**

Óscar RIVAS

¿Qué fue del consenso de posguerra?

CON el final de la II Guerra Mundial en 1945, Europa Occidental llega a un acuerdo político-económico-ideológico para cimentar la apertura de una nueva era de paz, prosperidad y estabilidad.

27

Dicho acuerdo se funda en la asunción de la democracia liberal como indiscutible sistema político, sustentado sobre tres ejes: uno, garantizar la paz y cooperación internacional bajo el liderazgo de la ONU; dos, proceder a la reconstrucción económica y cooperación financiera –pensamos en la Conferencia de Bretton Woods de 1944, que estableció un sistema financiero internacional, asentado en el Fondo Monetario Internacional (FMI) y en el Banco Mundial, con el fin de promover la estabilidad económica–; y tres, el Estado de Bienestar como garante de servicios –salud pública,

28 pensiones, seguro de desempleo...– sobre las bases de una economía mixta teorizada por Beveridge y Keynes.

En el campo de las ideas, el consenso se circunscribe a la socialdemocracia por la izquierda, y a un tímido liberal-conservatismo por la derecha, proclive la mayoría de las veces a dejarse llevar por los postulados socialdemócratas. En la praxis esta síntesis reductora se expresa a través de un duopolio partidista que expulsa sin contemplaciones cualquier atrevimiento ideológico que ose transgredir las fronteras del marco establecido. Acierta, a nuestro juicio, el pensador español Gonzalo Fernández de la Mora cuando señala que la teórica distinción entre socialistas y liberales se plasma en la práctica en una realidad política con dos alas socialdemócratas: una confesa y otra velada.

En semejante escenario, no resulta extraño que el estadounidense Daniel Bell proclame, ya en los albores de los años 60 del siglo xx, el fin de las ideologías. A su modo de ver, la tendencia política se inclina hacia posicionamientos más técnicos y pragmáticos que ideológicos.

Este consenso de posguerra, que disfrutó de razonables dosis de bonanza durante un cuarto de siglo, empezará a sufrir síntomas de debilidad en los inicios de los años setenta. A partir de ahí, los daños se irán haciendo más ostensibles. A saber:

1. **Pérdida de confianza en el sistema.** La crisis del petróleo de 1973, como consecuencia del embargo que los países de la OPEP imponen a Occidente, en respuesta al apoyo de éste a Israel en la guerra de Yom Kippur, perjudicará gravemente la salud que el consenso había experimentado en las tres décadas anteriores. No en vano, la subida del precio del petróleo dispara la inflación, desacelera el crecimiento económico, e incrementa de modo exponencial el desempleo.

Asimismo, no podemos soslayar el colapso del sistema de Bretton Woods, que había tenido lugar dos años antes. Con el abandono de la convertibilidad del dólar en oro, durante la presidencia de Nixon, se ponía fin a una era de estabilidad monetaria.

El resultado de todo ello se manifiesta en una creciente pérdida de confianza en el sistema. El, para muchos, insoportable intervencionismo del Estado en la economía, la burocracia que este intervencionismo generaba, así como el galopante endeudamiento, que servía como recurso para sostener el bienestar social, a la par que alimentaba críticas cada vez más fundamentadas sobre su sostenibilidad, dio alas a la alternativa liberal, en especial a la encarnada en Gran Bretaña en la figura de Margaret Thatcher.

2. **Llegada al poder en Gran Bretaña de Margaret Thatcher** en 1979. Es obvio que con ella –secundada poco después por Ronald Reagan en EE.UU.– se produce un punto de inflexión en la quiebra del marco que había sustentado el consenso de posguerra.

Su liderazgo al frente del gobierno de Reino Unido da nombre a una época, y con razón. Antes de asumir el cargo de primer ministro, Thatcher había prometido acabar con el citado consenso. Sin embargo, su victoria no sucede porque sí. Expresa una reacción de la clase media, y también de importantes sectores de la izquierda social, al caos económico en el que se hallaba sumida Gran

Bretaña, bajo la coacción permanente de unos sindicatos omnipotentes –era práctica habitual para el trabajador la obligación de afiliarse a un sindicato para obtener un contrato laboral–. Aferrados a sus intereses de clase, en la exigencia de nuevas y exageradas reivindicaciones, sometían al país a una situación de extrema inestabilidad.

Thatcher dedicó su presidencia a cambiar los viejos paradigmas socialdemócratas por un liberalismo tan desacomplejado como a menudo agresivo. Su doctrina –de la que hizo marca personal–, consistente en aportar soluciones de mercado a los problemas sociales, se transformó en ortodoxia dominante. El liberalismo como doctrina política alcanzaba en Gran Bretaña, y también en EE.UU., una hegemonía impensable poco tiempo atrás. ¿Cuál fue su mayor triunfo? La líder del Partido Conservador se mostraba rotunda: «Tony Blair y el nuevo laborismo. Hemos obligado a nuestros adversarios a cambiar de opinión».

Y no le faltaban motivos para pensar así. El Partido Laborista no sólo tardaría veinte años en volver a ponerse al frente del país, sino que lo haría bajo las tesis de la «tercera vía», postuladas por Anthony Giddens. Este

asumía como positivas buena parte de las recetas del thatcherismo y presumía de compaginar las reglas del mercado con el Estado. Era un hecho constatable que el antaño contestatario laborismo había mudado de piel. Se había derechizado, y lo había hecho, en clave liberal. Lo mismo sucedería con Clinton tras doce años de reinado republicano.

3. **Caída del telón de acero comunista.** En este contexto de cambios, como si de un juego de naipes se tratara, la caída del bloque comunista deja a las izquierdas, a todas ellas, en un estado de shock del que tardarán en levantarse. La hegemonía liberal ensancha su territorio y se queda sin contrapesos ideológicos, al igual que la democracia liberal. Su victoria parece absoluta hasta el punto de que Francis Fukuyama, con arrogancia neo-conservadora, se atreve a proclamar el fin de la historia.

A su parecer, la disolución del bloque comunista, y con ella, el fin de la Guerra Fría, décadas después de que el conflicto bélico concluyera con la derrota de los fascismos, apagaba cualquier hipótesis de futuro poder bolchevique. Y la apagaba para siempre. Reconocía Fukuyama la pervivencia de los conflictos religiosos,

aún susceptibles, claro está, de ocasionar nuevos conflictos. Pero, bajo su punto de vista, no ofrecían modelos alternativos de organización política. El autor no compartía el choque de civilizaciones del que nos advertiera Huntington por aquella misma época. Nada de eso. El liberalismo político y económico habían triunfado, y su victoria presentaba un carácter irreversible, toda vez que no había contradicciones político-ideológicas que la democracia liberal no pudiera resolver. ¿Se equivocaba Fukuyama? De pleno.

4. **Falta de credibilidad de las instituciones:** la pérdida de confianza en el sistema de posguerra que, como acabamos de señalar, empieza a aflorar en los años 70 y que, como es lógico, repercute también en su credibilidad, toca de lleno a las instituciones sobre las que se apoyaban los consensos. Esta conclusión no requiere de gran perspicacia. Si la Organización de Naciones Unidas proclamaba entre sus objetivos fundacionales la promoción del progreso social, la garantía de la paz y el respeto por los derechos humanos, ochenta años después, la realidad atestigua que ha traicionado todos y cada uno de sus fines. Baste como ejemplo el derecho a la vida. Reconocido en la propia Carta de Derechos Humanos

de la ONU, esta organización sostiene en la actualidad que el acceso al aborto, esto es, el asesinato de la persona no nacida, es un derecho humano fundamental.

En términos parecidos se podría valorar el rol desarrollado por el FMI y el Banco Mundial a lo largo de este tiempo. Puede que en un momento dado contribuyeran al cumplimiento de las metas establecidas, pero la experiencia reciente acredita su incapacidad para evitar las crisis. Estas no solo no se han reducido, sino que se reproducen con preocupante frecuencia, ahondando en una desigualdad que no deja de crecer. Afirmar que los ricos son menos y cada vez más ricos y que los pobres son más y cada vez más pobres, no debe ser visto como una hipérbole que da cauce a la demagogia, sino como una verdad de la que hechos y datos dan constancia. No solo se está produciendo una pauperización de las clases medias, progresivamente proletarizadas, sino que los jóvenes asisten a una situación preocupante: sus expectativas ya no aspiran a igualar la posición laboral y económica de sus padres. Son conscientes de que vivirán peor que éstos. Asistimos a un retroceso generacional sin precedentes en el pasado reciente.

A la luz de lo anterior, es palmario que los viejos consensos de posguerra han sufrido un proceso erosivo de muy diversa naturaleza. Amén del auge del liberalismo económico en perjuicio de la economía mixta, el proceso globalizador ha ejercido un fuerte impacto; las restricciones de la soberanía de los estados y el derribo de las fronteras comerciales dificulta, cuando no impide, la materialización de los controles que el keynesianismo ejercía sobre las economías nacionales. Las empresas occidentales se han visto obligadas a competir con economías de países emergentes cuyas condiciones laborales y de producción destacan por su precariedad. Las deslocalizaciones empresariales se han multiplicado, viejas e importantes conquistas sociales se han perdido...

Ahora bien ¿podría decirse que, en el terreno de las ideas, haya quebrado la pinza entre las dos corrientes socialdemócratas anteriormente referidas? En absoluto. Al contrario, dicha síntesis ha acentuado su pensamiento único, que amordaza y persigue cualquier conato de disidencia con una fiereza cuasi totalitaria. Las élites, las mismas que acordaron los consensos de posguerra, no han dejado de introducir

36 reajustes en su modelo inicial. Pero todos con una misma vocación: garantizar su supervivencia. ¿Por qué? Porque la supervivencia del sistema implica su pervivencia al frente del mismo. El problema –su problema– es que por mucho que traten de anegar las aguas, la inundación es inevitable ya que son sus permanentes contradicciones las que provocan las filtraciones. La desafección entre estas élites y el ciudadano de a pie no deja de crecer. De este modo, el consenso queda reducido a las propias élites que lo imponen. Mientras tanto, para el hombre de a pie, su consenso sabe a cáliz amargo que desea apartar de su vida. Tiene poderosas razones para pensar así.

1. **Abandono de representatividad de las izquierdas:** el mundo ha cambiado por completo su orografía económica, pero también la política. Las clases trabajadoras comprueban que soplan nuevos vientos; vientos donde, además de deslocalizarse las empresas, se deslocalizan las personas. En Francia, esta realidad toma visibilidad ya en los años 80, cuando el inmigrante que llega –y llegan muchos– pasa a ser competencia directa de la clase obrera francesa.

El trabajador francés se siente abandonado, cuando no traicionado, al observar que el recién llegado monopoliza el cariño de las élites izquierdistas. Busca entonces nuevos referentes y los encuentra en Jean Marie Le Pen. El otrora todopoderoso PCF de Georges Marchais será el primero en caer. Más adelante le tocará el turno al *Parti Socialiste*.

Tan solo dos décadas después, ya es un hecho: el socialismo francés da por perdido el voto obrero, que acapara el FN. Es entonces cuando Terra Nova, un laboratorio de ideas afín al PS, se hace una pregunta: si ya no podemos contar con el voto obrero ¿quiénes conformarán la mayoría de izquierdas del mañana? Su respuesta no arroja dudas: mujeres, jóvenes, minorías urbanas, homosexuales pero, sobre todo, y enfatizan este aspecto, los inmigrantes.

La Francia de los años 80-90 estaba anticipando un escenario, pero también un comportamiento político que se reproducirá en otros países. Las élites europeas tuvieron entonces ocasión de aprender, de rectificar, pero no lo hicieron. Al contrario, convirtieron el fenómeno inmigracionista en un puntal de su programa ideológico.

2. **La inmigración deviene en un factor decisivo** con múltiples derivadas. La entrada masiva de millones de inmigrantes cambia por completo la fisonomía de Europa. Las élites lo justifican so pretexto del invierno demográfico en el que se halla sumido Occidente. Se trata de una verdad a medias. No nacen europeos, es cierto. Pero no deja de ser una consecuencia directa de las políticas culturales proabortistas que las élites imponen desde hace décadas, y que encuentra un respaldo fundamental en las organizaciones supranacionales.

Podrían promover una cultura de la vida y eso daría sus frutos a medio plazo. Pero la familia no tiene cabida en su hoja de ruta. Todo lo contrario, si se gastan cantidades ingentes en promocionar el aborto, es porque únicamente la falta de nacimientos permite justificar nuevas oleadas de extranjeros.

En el aspecto económico, su presencia hace del desempleo un elemento estructural que posibilita una mano de obra cada vez más barata, en sintonía con un mercado global que cosifica a los hombres y los deforma hasta hacer de ellos mercancías sustituibles e intercambiables. Asimismo, este contexto económico precisa de ingentes

inversiones, subvenciones y ayudas que encuentran en el inmigrante su principal beneficiario. Es así como las élites supraeuropeas y estatales diseñan y alimentan redes clientelares destinadas a perpetuar sus estructuras de poder, pero que absorben, hasta el colapso, los servicios de un Estado de Bienestar desfigurado e imposible de asumir por la población nativa, ahogada por una creciente e insaciable presión fiscal.

Otra consecuencia, nuclear, de estas oleadas masivas de inmigrantes es la que afecta a la identidad de las naciones, ya que ataca en lo más hondo sus raíces cristianas. Si, como pensamos, la inmigración ejerce un efecto disolvente sobre la identidad de las naciones, no hay razones para cuestionar que Occidente, y Europa en especial, sufren un desplazamiento poblacional, un proceso sustitutivo –tal y como denunciara Renaud Camus hace lustros– que ataca nuestra visión del mundo, cimentada sobre el derecho romano, la filosofía griega y la cultura cristiana.

3. El proceso de **desoberanización de los estados** parece seguir una deriva imparable. ¿Y qué hace la Unión Europea? Lejos de detener todos estos desafueros, los

promueve. Destruye las fronteras, hasta ahora formidables vehículos de protección de las especificidades nacionales y erigidas durante siglos en garantes de su historia, su cultura, su lengua, y, en suma, ese patrimonio de incalculable valor que nos legaron nuestros antepasados.

4. **Pérdida generalizada de libertades:** las oligarquías gobernantes, después de décadas de extraordinario poder que no ha dejado de aumentar, asisten temerosas a la posibilidad de un posible relevo por parte de movimientos populares emergentes. No es casual que derechos fundamentales y libertades que hasta hace no mucho considerábamos intocables, empezando por la libertad de expresión, estén siendo amenazados, cuando no proscritos por un poder que, en una paradoja insostenible, asegura defender la democracia.
5. **Surgen identidades artificiales** que, maceradas durante más de un siglo, tal y como demuestra Gabrielle Kuby en su imprescindible obra, *La revolución sexual global*, atacan al hombre en su más íntima antropología y que las élites imponen por la fuerza de sus recursos. Me estoy refiriendo a la ideología de género con todo lo que ésta representa.

Como vemos, el consenso de posguerra, que naciera en aras de garantizar la paz, la estabilidad y la prosperidad –así comenzábamos esta ponencia–, en las últimas décadas ha devenido en una inagotable fuente de conflictos, inestabilidades, y decadencia. Después de ochenta años, los resultados inicialmente perseguidos por el consenso contradicen por completo los finalmente conseguidos. Las élites que lo amparan mediante imposiciones se excusan en que, a lo largo de este tiempo, hemos logrado –¿hemos?– unos índices de prosperidad innegables. Ya, pero ¿para quién? Esa es nuestra pregunta. Si se refieren a su prosperidad –la suya, conviene enfatizarlo– es irrefutable. De ahí su enconada resistencia a abandonar un consenso en el que fundamentan su poder –imposible no evocar la Ley de Hierro de la Oligarquía–. Ahora bien, si se refieren a la nuestra, a la del hombre común, se podría aseverar que su prosperidad va de la mano de nuestro empobrecimiento.

Dicen representar la democracia, pero mientras lo dicen persiguen al que piensa diferente. ¿Cómo puede haber democracia donde la cancelación se hace cotidiana? Dicen defender el pluralismo. Pero mientras lo dicen, anulan las

42 candidaturas que no convienen a sus intereses. Su dialéctica se ampara a menudo en la libertad. Pero en su nombre amordazan la libertad de expresión.

Tal vez su consenso, que es el que sostiene sus privilegios, no haya fenecido aún. Pero es solo cuestión de tiempo. Pues ¿quién puede mantener un consenso que no hace sino acrecentar el disenso en torno a él? La posibilidad de que se pueda aludir al consenso cuando éste contraviene la opinión de la mayoría, es tan contradictoria como que una democracia pueda ser totalitaria. Y en esas están. Cuando su consenso caiga, que no esperen nuestras lágrimas.

Hace cuarenta y dos años Juan Pablo II clamaba por una vuelta a las raíces de Europa. «Europa vuelve a encontrarte, sé tú misma». Sus palabras, concisas, pero de abrumadora claridad, advertían de la decadencia que afectaba a nuestro continente, de la enfermedad que le aquejaba. El Papa conocía bien la afección del enfermo y comprendió que lo único que podía sanarlo era el retorno a sus raíces. Europa no se encuentra, no puede encontrarse, porque está perdida, y está perdida porque ha olvidado de dónde viene, aquello que la hizo ser como fue cuando alcanzó la grandeza. El fundamento de la crisis que vivimos es de naturaleza espiritual.

De dicha crisis, que no es sino una crisis de identidad, 43
nacen todas las demás. Europa debe recuperar su alma, y
para ello ha de recuperar sus raíces cristianas. Esta debe ser
nuestra misión y en ella debe residir nuestro consenso. O
nos reencontramos con nosotros mismos, o morimos como
civilización. No hay más opciones.

El ocaso de los medios de comunicación tradicionales

Gonzalo ALTOZANO

SE me pide exponer una cuestión compleja en un plazo breve de tiempo. Para ello, recurriré al siempre socorrido caso concreto. Uno muy al alcance de la mano: yo mismo. No porque mi caso sea excepcional. Todo lo contrario: es el caso de muchos. 45

He sido, sigo y seguiré siendo un lector de periódicos. Y, como tal, un comprador. Durante años, lo primero que hacía al salir de casa por la mañana era acercarme al quiosco y comprar el periódico para leerlo.

Esa acción, repetida siete días a la semana, daba como resultado a final de mes un desembolso económico. No particularmente oneroso, pero desembolso.

46 Hasta que ese periódico de las mañanas, ese mismo periódico, con contenido extra, y por un precio muchísimo menor, puedo adquirirlo sin salir de casa, en un quiosco de mi propiedad: la tablet.

Mi caso, ya digo, es uno de muchos, con la consecuencia no deseada para los editores de prensa escrita de que la suma diaria de todos los periódicos editados hoy en España es menor que el número de ejemplares que hace solo unos años vendía el primer periódico.

Cuento mi caso como lector y comprador de periódicos por ser este, principalmente, el medio con el que me he informado siempre. Si hubiese sido consumidor, sobre todo, de radio o televisión, habría llegado a una conclusión parecida.

En cualquiera de los supuestos, hay un elemento clave: internet. Internet, a su vez, es el medio que ha permitido algo nunca visto antes: comunicadores capaces de una enorme influencia y generadores de considerables ingresos al margen de una cabecera, de una emisora de radio o de una cadena de televisión.

Tenemos, por un lado, unos medios de comunicación que han sufrido una merma en sus tiradas y sus audiencias y, por tanto, han perdido influencia e ingresos, y, del otro lado, tenemos, ya digo, a unos creadores de contenidos que, con infinitos menos medios, se han ganado el favor y la confianza del público.

Con estos elementos, cómo sustraernos a la tentación de elaborar una historieta de la Marvel, protagonizada por supervillanos -los grandes medios- y unos superhéroes -los creadores de contenido-.

Y, sin embargo, no hay relación causal entre la aparición de los creadores de contenido y el declive de los grandes medios. El declive, lejos todavía del ocaso, se debe, principalmente, a un cambio en las pautas de consumo. Ya lo siento, pero no da para una peli de la Marvel.

Es más, medios tradicionales y creadores de contenido pueden perfectamente convivir. Incluso más: los segundos dependen de los primeros. Lo explico con un ejemplo: el del joyero y el propietario de una mina de diamantes.

48 Un joyero puede abrir taller propio, no necesariamente grande, y, si trabaja con virtuosismo los diamantes, puede hacerse un nombre en el mercado, atraer cada vez a más clientela y ganar mucho dinero.

¿Qué sucede? Si, por la razón que sea, al joyero le vienen mal dadas, echara el cierre al taller y, en poco o nada, afectará al propietario de la mina. No así al revés. Si el propietario de la mina quiebra, el joyero, por muy bien que le marche el negocio se quedará sin materia prima.

Podemos jugar con otro ejemplo: el del cocinero que abre restaurante propio y el del industrial del sector agroalimentario. Podemos, incluso, poner un tercer ejemplo y ponerle nombres propios: Jano García y Esteban Urreiztieta.

Esteban Urreiztieta, periodista de *El Mundo*, es autor de algunas de las exclusivas más sonadas de los últimos años, la última, los wasaps entre Pedro Sánchez y José Luis Ábalos.

El día que Urreiztieta publicó la historia, Jano la comentó en su programa de ViOne. Con esto no insinúo una relación parasitaria de Jano con Urreiztieta. Con esto, adonde quiero volver, es a la mina de diamantes.

Urreiztieta, que es un periodista como la copa de un pino, no ha sido capaz de esa y otras exclusivas por sus propios medios. De hecho, cuando Pedro Jota monta *El Español* después de haber dirigido durante años *El Mundo*, se lleva consigo a Urreiztieta, quien, pasado un tiempo, regresa a *El Mundo*.

Cuando le pregunté si terminó mal con Pedro Jota, me contestó que no, que todo lo contrario. Pero el periodismo que él quería hacer, un periodismo de grandes exclusivas, exigía unos recursos que *El Español* no podía proporcionarle y *El Mundo*, en cambio, sí.

No solo me refiero a una nómina a fin de mes, si no abultada, sí digna. Me refiero a tener cubiertos los gastos de desplazamiento y de representación, los gastos de defensa jurídica -porque, en el momento en que practicas este tipo de periodismo, tarde o temprano acabarás en un juzgado, no importa si tienes la información atada y bien atada- y, en algunos casos, los gastos para asegurarte la integridad física.

Y ninguno de estos gastos es posible con un canal de YouTube. Solo es posible con un grupo de comunicación detrás, deseablemente, un grupo fuerte, sólido, rentable e independiente del poder político. ¿Cumplen esas condiciones las

50 empresas editoras en España? Lamentablemente, no o no en un grado deseable. La prueba es que el medio que te informa con todo detalle de las andanzas del hermano y la mujer de Pedro Sánchez, calle con las del novio de Ayuso, y al revés.

¿Cómo se construye un grupo de comunicación fuerte, sólido, rentable e independiente? Me viene a la cabeza una tira cómica de mi niñez, una tira del Tío Gilito, el tío del Pato Donald, en la que un meteorito iba a estrellarse contra la Tierra en el punto exacto en el que Gilito tenía el depósito de su fortuna. Desesperado, convoca un concurso de ideas para que alguien le diga cómo evacuar tal cantidad de piezas de oro en tiempo récord. Y un científico chiflado le ofrece una solución química que convierte el oro en líquido. Cuando Gilito le pregunta cómo volver a la forma original, el científico responde: no tengo ni idea.

Igualmente, no tengo ni idea de cómo se logran grupos sólidos, fuertes, rentables e independientes. De lo que sí tengo idea, lo que sí sé, es que cuanto mayor sea la información disponible en el mercado, cuanto mayor sea la materia prima, los Jano García, los chicos de A la de Tres, los Carlos Padilla y muchos otros van a ofrecer a sus audiencias un producto todavía mejor del que ya ofrecen.

El triunfo de lo políticamente incorrecto

Javier MARTÍNEZ-FRESNEDA

Si me pidieran definir a Juan Soto Ivars en pocas palabras, diría que es una persona libre, absolutamente inclasificable, y un buscador irredento del conocimiento y de la verdad. Creo que el eje central de su obra, como decía, es la libertad; muy en concreto, la libertad de expresión. 51

La pregunta que debemos hacernos es si esa libertad está hoy tan amenazada como parece y, sobre todo, si esta amenaza es algo nuevo o una constante a lo largo de la historia.

Sea cual sea la valoración histórica, si llegamos a la conclusión de que nuestra libertad está efectivamente en riesgo, entonces es imprescindible hacer un llamamiento a la resistencia.

52 Desde NEOS tratamos de concienciar a la sociedad, de implicarla en la construcción de un país mejor, de cuestionar y derribar la moda dominante que nos conduce hacia un destino que creemos profundamente peligroso. Siempre decimos que este es el mejor momento de la historia para ser disidente. En otras épocas, con el control que quienes impulsan estas tendencias liberticidas ejercen sobre el dinero, los medios de comunicación o el poder político, estaríamos liquidados: política y socialmente, y quizá hasta físicamente.

Y no es solo cuestión de poder formal, sino también de lo que se ha dado en llamar cultura de la cancelación o, como dice nuestro invitado, la *poscensura*. Una auténtica persecución civil y social del disidente, que reduce al absurdo cualquier argumento que cuestione la ideología dominante –por razonable que sea–, o que tacha de «bulo» cualquier denuncia sobre fallos del sistema, por notoria que resulte. Todo ello ejercido, además, con un cinismo asombroso: quienes reparten carnés de «buenas personas» acaban muchas veces revelándose como seres moralmente indeseables; quienes se proclaman abanderados de la inclusión son los mismos que luego se permiten insultos racistas a periodistas en plena calle. No olvidemos que esta ideología se impone gracias a toneladas de dinero público

que alimentan a miles de «mentes pensantes» dedicadas a vigilar que nadie se salga del camino marcado.

53

Sin embargo, gracias a los medios de los que hoy disponemos –especialmente los vinculados a internet–, existe una corriente de opinión creciente que empieza a mostrar signos sociales, filosóficos y políticos muy relevantes. Ahí están los ejemplos de José Antonio Kast, candidato a la presidencia de Chile, que lleva años sin conceder entrevistas a medios tradicionales; o el presidente argentino Javier Milei, que logró ganar unas elecciones con todo el *establishment* de su país en contra; o el propio Donald Trump en su primera victoria presidencial.

En esta lucha contra los poderes establecidos, es imprescindible abordar también la cuestión de la corrupción –o, al menos, la ausencia de nuestras élites en este combate cultural–. Élite que han dejado de ser faros que iluminan el camino para convertirse en simples radares que detectan dónde se sitúa la opinión mayoritaria, con el único objetivo de no contravenirlos por motivos mercantiles. Esta situación, ciertamente lamentable, representa al mismo tiempo una oportunidad: para cambiar una tendencia no necesitamos convencer a las élites, sino mostrar volumen, mostrar presencia social

54 Este cambio de tendencia es evidente a escala global. Pero a mí me interesa especialmente el debate sobre lo que vamos a hacer después de derribar la ideología que tanto denunciamos. Porque sí: hay que acabar con ella. A estas alturas ya no es una cuestión ideológica; es una cuestión moral, una lucha entre el bien y el mal. Las injusticias que presenciamos son tan flagrantes que la oposición debería trascender las ideologías, aunque lamentablemente no sea así.

Pero, insisto: ¿qué haremos después?

El péndulo está cambiando por cansancio y por la constatación cotidiana de las contradicciones de ese relato –que nunca se preocuparon realmente por las mujeres, que nunca se preocuparon por los desfavorecidos–. Pero el hartazgo no equivale a la existencia de una alternativa madura. Necesitamos un proyecto filosófico, social y político sólido. Su presencia o su ausencia determinará si estamos en condiciones de construir una España –y un Occidente– mejores, o si simplemente somos un «ejército de Pancho Villa» que solo comparte oposición a lo dominante y que, una vez derrocado, no sabrá a dónde dirigirse.

Para concluir, y citando mi obra favorita de Juan Soto Ivars, 55 aquella sobre su abuelo de derechas y su abuelo de izquierdas, recordemos que debemos construir una sociedad en la que quepamos todos. Derribar una ideología que levanta muros sectarios solo tiene sentido si lo hacemos para alumbrar y fortalecer la España de todos y para todos. No caigamos en la trampa de un lenguaje que insiste en dividirnos en dos Españas. España es diversa, sin duda; pero España es una sola.

Contacto

CEU-CEFAS | Centro de Estudios, Formación y Análisis Social

Calle de Guzmán el Bueno, 133 | 28003 Madrid | España

Teléfono: (+34) 91 514 05 77

cefas@ceu.es

